

En el fondo, la dignidad y el sentido de las distancias. Este argumento pesa más que la roca y es determinante de muchas situaciones que a la postre resultan ampliamente satisfactorias.

En esta breve novela Valerio Quesney Langlois ha testimoniado ser poseedor de excelentes recursos caricaturescos, que constituyen parte sustancial de *Como otro cáncer*, que, a mi entender, es la mejor dotada de las obras distinguidas con el Premio Alerce del año pasado y la que ostenta los méritos más relevantes que la hicieran acreedora a tal distinción. ¿Por qué se lee y atrae tanto? La sátira fina, el contrapunto certero, las caracterizaciones agudas son algunos de sus méritos. El resto está en el agrado personal al leerla y al releerla, degustándola sin perder palabra. Se le encuentra deliciosa.

Valerio Quesney Langlois con su nouvelle, de no fáciles méritos, puede exigir su inmediata inscripción en los anales literarios de las nuevas promociones, sin pertenecer a ninguna de ellas, por lo menos en apariencias, con un estilo correcto y depurado, que deja al descubierto la inteligente pintura de un grupo de existencias, las que tienen y sufren paralelos pero disímiles problemas.

Tomás P. Mac Hale.

<https://doi.org/10.29393/At395-36VAFD10036>

Ventana Adentro, de ELENA ALDUNATE,
Editorial Alfa. Santiago de Chile, 1961

Hace años comentamos elogiosamente *María y el Mar*, libro extraño, casi disonante, con aires marinos y dramáticas palpitations vitales. No vamos a cometer la simpleza de establecer parangones con María Luisa Bombal, María Carolina Geel, Mary Yan y otras escritoras, como es la moda de algunos críticos. Estos paralelos dicen mucho y poco. Preferimos aislarla y tomarle el pulso para formarnos una idea por lo menos aproximada de su ser literario, labor algún tanto ingrata si hay que decir la verdad desnuda.

Alguien dijo en un momento feliz de fino humorismo que "desmenuzar un libro de mujer es tan cruel como deshojar una rosa". Las formas desaparecen, el aroma se evapora, la armonía se vuelve trunca, alocada e hiriente. Es decir, como por arte de magia lo femenino se esfuma y da lugar a un no sé qué tosco y repelente. La contrapartida. Pero *Ventana Adentro* nos invita a la reflexión, al análisis, no impedidos por misoginismo morboso, sino por el placer de dialogar con la escritora, personaje invisible, pero real, que se agazapa y oculta, que se asoma irónico y pícaro, esbozando sonrisas y tal vez muecas burlonas.

Ventana Adentro es una obra de un auténtico feminismo, de ése que engrandece y hechiza por la actitud decidida frente a la vida. Tal vez más apropiado hubiese sido decir "virilidad". ¿Más apropiado? ¡Si hay cada integrante del sexo fuerte que es tan débil! Mejor es no comprometerse y a través de un circunloquio expresar con verdad lo que Elena Aldunate nos ofrece con prodigalidad.

Es una novela de evocaciones íntimas, una narración viva con la máxima economía del tiempo, centrando el interés no en el ritmo vertiginoso de la acción exterior, sino en la condensación del material psíquico, hermanando la sabiduría y el sentir hondo y penetrante.

Eduardo Anguita, el prologuista, escribe: "Hay vigor, dolor y ternura,

sensibilidad y delicadeza. Hay un drama que sólo su propia vida puede haber alimentado."

Esto es precisamente lo que atrae en *Ventana Adentro*. Sus setenta y ocho páginas están indicando que Elena Aldunate no pretendió impresionar por el grosor del volumen: prefirió más bien la densidad del pensar y sentir. Una escritora vulgar habría indigestado, como suelen hacerlo, con mil y un detalles, medio apto para llenar cartillas, pero ineficaz para la categoría estética.

Ventana Adentro dice poco, pero sugiere mucho. Es una vida captada sin prejuicios, al desnudo, entre amores y temores, frustraciones y plenitud de vida, entre el dolor que oprime, el fracaso que estimula y el orgullo que enrosca las almas sobre sí mismas.

Este es un aspecto; el otro, el mundo de los entretelones, las melodías truncas, el aguijón quemante de Andrés y todo el caos de anhelos, pasiones y ternuras, que van silenciosamente en procesión siniestra por los laberintos del alma, no están al descubierto, pero sí percibimos su existencia, porque Elena Aldunate ha sabido, sin esfuerzo, dejar abiertos ciertos resquicios, por los que se ven pasar las sombras.

De aquí nace un dramatismo de alta escuela. Toda la novela es tensa, arrolladora y aparentemente lenta. Esta paradoja es precisamente la que le confiere embrujo y suspenso. Es la virtud esencial de quien en un determinado momento auscultó un todo nuclear, que es proceso creativo, se purifica, precisa e ilumina.

El realismo psicológico a que aludimos no ha sido obstáculo para la escritora. Conocemos a no pocos que ambiciosos, quedaron a medio camino y naufragaron. Es tarea ardua, camino dinamitado y encarnación viviente del mito de Sísifo. Esta plasmación del inconsciente, caos dinámico e infraestructura insondable, exige un modo de ser literario de modalidad nueva, capaz de producir hechizo, capaz de lanzar al abismo al más entrometido.

Hace muy bien Elena Aldunate en condensar el tiempo. Es una noche afiebrada, un transcurrir casi imperceptible de proyecciones vitales en visión retrospectiva, un golpear incesante en los puntos neurálgicos, dejando en la penumbra otros elementos que insensiblemente se entrelazan por vía de cáterisis, por afinidad o contraposición.

Desde este punto de vista, hallamos cierto paralelismo formal entre *La Fiesta del Rey Acab* y *Ventana Adentro*. Ambas novelas, con las naturales diferencias, están concebidas tras el prisma subyugante de la frase corta, del golpe certero, del germen explosivo, del embrión fecundo de miserias y grandezas. Lafourcade es tumultuoso, se le enciman los personajes; él y sus héroes finalizan jadeantes, la vitalidad los ha gastado y embrutecido. Elena Aldunate ya con paso lento, deja que el ensueño se apodere de ellos, toma el escalpelo, lo hunde sin piedad, espera, reflexiona, sugiere, vuelve atrás, dialoga, enlaza monólogos y subdiálogos, deja que oiga el eco, lo repite, se revuelve apasionadamente en su noche de insomnio. Lafourcade necesitó veinticuatro horas; Elena sólo una noche.

¿Razón?

El General Garrillo, grasoso, sexual, ególatra y tiranuelo exigía un escenario más amplio para esbozar siquiera la Babel de pasiones, intrigas y crímenes, que constituían su corte. Economía del tiempo, magistralmente realizada por el novelista.

En *Ventana Adentro* falta todo ese mundo lujurioso, ambivalente, tenebroso y cruel. Aquí el decir, pensar y obrar es más reducido, pero no por eso menos real. Cuando al final de la novela leemos los títulos de los capítulos: "Las cuatro... las cinco... las seis... las siete... la mañana... Hoy", experimentamos la sensación de un ritmo vertiginoso, que por cierto no defrauda ni engaña.

Pronto va a amanecer, la pesadilla va lentamente esfumándose, tal vez de un mundo nuevo renace y así es en realidad:

"En la ciudad hay sol, las casas son blancas, las voces resuenan, la vida sigue".

Este final de la novela es una nota optimista tras tanta amargura, soledad, inquietud y náuseas de vivir.

Si no se mirase en conjunto, *Ventana Adentro* podría interpretársela como un engendro más del existencialismo contemporáneo. No vamos a negar que hay en estas páginas un fiel reflejo de un alma angustiada, captada con arte y fidelidad humana. Pero a través de la exquisita finura del alma, de la liviandad atrayente de la frase corta, del adjetivo certero, de la armonía hechizante del estilo, nos permitimos además captar la grandeza de alma, que es capaz de elevarse por sobre las miserias y hacer que la vida sea una "ventana abierta a todos los vientos".

F. D. D.